

JACULATORIAS. — Tuyo soy, Señor, sálvame. (*Psalm.* 118.)
Dios mio, salva á tu siervo, que confía en tí. (*Psalm.* 85.)

PROPOSITOS.

1 *No quieras temer, pequeña grey, porque plugo á tu Padre darte el reino celestial, dice el Salvador del mundo. (Luc. 12.)* El tropel y la muchedumbre no logran esta dicha; ¿por qué? Porque como el camino que conduce á la vida es tan estrecho, no encuentran con la entrada, y así hay pocos que entren por él (*Matth. 7.*); pero el camino que conduce á la perdicion es espacioso, y así entran por él innumerables Haz profesion de ser del rebaño pequeñito, del número de los pocos en lo que respecta á la doctrina y á la perfeccion cristiana. Son pocos los que en su conducta se gobiernan por las máximas de Jesucristo, mientras se atropella la multitud de los que siguen las máximas del mundo: son pocos los que profesan una verdadera devoción, y así resuélvete desde luego á aumentar este corto número. Aun dentro de las comunidades religiosas se distinguen fácilmente los observantes y los fervorosos, pudiéndose asegurar que el número de estos no siempre es el mayor. Desde hoy en adelante dedica todo tu cuidado, todo tu estudio, y coloca toda tu gloria en ser del pequeño número, puesto que á él está prometido el reino de los cielos.

2 En materia de reforma las resoluciones y los propósitos siempre han de ser prácticos. Comienza desde este punto moderando ciertas galas demasiadamente mundanas; ciertas diversiones poco arregladas á la religion; ciertos muebles, ó supérfluos, ó menos conformes á tu estado, á tus votos y á tus reglas. Si eres religioso, guárdate bien de acobardarte por las irreligiosas censuras de los imperfectos y de los relajados, y mucho mas de avergonzarte de tu reforma. Ya no serás de la moda, ya no se acordarán de tí en las partidas de diversion, ya no serás del gusto del mundo; ¿pero qué importa si eres del gusto de Jesucristo? No dilates para mañana esta declaración de tu nueva vida y de tu fervor; antes bien desde hoy mismo alístate en la pequeña grey, á la cual está destinado el reino de los cielos.

DIA XIX.

MARTIROLOGIO.

EL TRIUNFO DE SAN PEDRO DE MORON, el cual siendo anacoreta fué elegido papa, y se llamó Celestino V; pero despues renunciando el



S. PEDRO CELESTINO P. Y M.

pontificado, se volvió á hacer vida religiosa en el desierto, y esclarecido en virtudes y milagros durmió en el Señor. (*Véase su vida en las de hoy.*)

SANTA PUDENCIANA, virgen, en Roma, la cual despues de muchos trabajos, y de haber enterrado con gran reverencia los cuerpos de muchos mártires, y de haber distribuido todos sus bienes entre los pobres por Jesucristo, voló al Señor. (Fué hermana de Sta. Praxedes é hija de Pudente, senador romano, que fué convertido á nuestra fe por los apóstoles S. Pedro y S. Pablo, y en el Sagrmentario de S. Gregorio se hace mención de su festividad. La iglesia de aquella Santa en Roma se tiene por la mas antigua que se conoce en el mundo. En los primeros siglos fué llamada la iglesia del Pastor, y se dice haber sido el palacio de Pudente, en que se albergó S. Pedro, y en donde celebró los divinos misterios. Plugo al Señor llamarla á si en tal dia como hoy por los años del Señor de 164, imperando Antonino Pio.)

SAN PUDENTE, senador, padre de la dicha virgen, tambien en Roma; el cual fué bautizado por los apóstoles y se conservó siempre unido con Jesucristo.

EL TRIUNFO DE LOS SANTOS CALOCERO Y PARTERIO, eunucos, igualmente en Roma en la via Apia; el primero camarero de la mujer del emperador Decio, y el segundo superintendente en otro oficio; y no queriendo sacrificar á los idolos, fueron martirizados por orden del mismo emperador.

SAN FILOTERO, mártir, en Nicomedia, hijo de Paciano, procónsul, el cual recibió la corona del martirio en tiempo del emperador Diocleciano despues de haber sufrido crueles tormentos.

SEIS SANTAS VIRGENES Y MÁRTIRES, tambien en Nicomedia, entre las cuales la principal fué CIRIACA, quien habiendo reprendido públicamente de impiedad á Maximiano, primeramente fué azotada y escarnificada, y últimamente quemada.

SAN DUNSTANO, obispo, en Cantuaría.

SAN IVON (ó Ivo), presbítero y confesor, en la Bretaña menor, el cual por amor de Jesucristo defendia las causas de los pupilos, de las viudas y de los pobres. (*Véase su vida en las de hoy.*)

SAN PEDRO CELESTINO, PAPA Y CONFESOR.

SAN Pedro, llamado Muron del monte, donde tenia su ermita, y despues Celestino del nombre que tomó cuando fué elevado al pontificado, nació por los años de 1221 en Esernia ó Sergne, ciudad fundada entre la Pulla y el Abruzo, cerca de la Tierra de Labor en la Italia. En la historia de su vida, que el mismo Santo dejó escrita de su mano, dice que sus padres eran de familia honrada, de piedad universalmente conocida, y que se hacian distinguir por su hospitalidad. Tuvieron doce hijos, de los cuales fué nuestro Santo el oncenno.

Siendo de cinco años perdió á su padre; pero en el amor, en

el juicio y en la virtud de su madre halló consuelo y equivalente de esta sensible pérdida. Entreteniéndose un día con su numerosa familia esta virtuosa madre, dijo por modo de diversion: *¿Será posible que habiéndome dado Dios tantos hijos, siquiera uno de ellos no ha de ser un grande siervo suyo? No, madre,* respondió Pedro con inocente intrepidez; *eso no es posible, yo lo he de ser, porque quiero ser santo.* Esta respuesta, junto con el anticipado juicio que en todo mostraba el niño, y con la facilidad en aprender cualquiera cosa que le enseñasen, determinó á la buena madre á dedicarle al estudio; pero como en la casa habia tanta escasez de bienes de fortuna, que todos los demás hermanos se veian precisados á trabajar para comer, consideraban este destino del penúltimo como una especie de vocacion extravagante. Sirvióse el demonio así de los zelos como de la murmuracion de sus parientes para cortarle la carrera de los estudios; pero como la divina Providencia tenia sus altos designios en orden á aquel mancebo, no permitió que la virtuosa madre se rindiese á las quejas ni á las murmuraciones. Habilitóse Pedro en las ciencias, pero mucho mas en la importante ciencia de la salvacion; y favorecido de Dios con muchas visiones, le colmó de tan singulares gracias, que disgustado y fastidiado del mundo, solo pensó en volverle las espaldas.

Era de solos veinte años, cuando saliéndose de casa de sus padres, se retiró á un monte donde encontró una peña, que pareciéndole muy acomodada para sus intentos, cavó al pié de ella una estrecha y humilde choza, en que no cabia echado ni podía estar de pié. Aquí pasó tres años en asombrosas penitencias, y en continuas tentaciones, representándosele con la mayor viveza todos cuantos objetos halagüenos y provocativos habia visto en el mundo, y apareciéndosele frecuentemente el demonio en varias figuras espantosas. Para resistir á tan furiosos combates no recurria á otras armas que á la oracion, á la penitencia, y á la proteccion de la santísima Virgen, con las cuales y con la gracia de Dios consiguió siempre las mas gloriosas victorias. Por mas que procuró ocultarse, le descubrió su virtud, á cuya fama concurrieron á él muchas personas, que reconociendo su eminente santidad, le instaron para que se hiciese sacerdote, y al cabo le persuadieron á que pasase á Roma á recibir los sagrados órdenes.

No pudiendo emprender por entonces el viaje, detenido por la nieve que cubria el monte y cegaba los caminos, haciendo reflexion á la sublime dignidad del sacerdocio, se atemorizó, y á vista de su indignidad mudó de parecer, y resolvió no hacerse en su vida sacerdote. En este estado se le apareció un venerable anciano,

no, vestido de blanco, y le dijo estas palabras: *Di misa, hijo mio, di misa.* Respondióle Pedro: *S. Benito y otros santos nunca se atrevieron á recibir los órdenes sagrados, ¿como quieres que yo, pecador y miserable, me considere digno de recibirlos? ¡Digno, hijo mio!* le replicó el viejo: *¡digno! ¿y quien fué jamás digno de eso? Di misa con devocion y con respeto; di misa;* y al decir estas palabras desapareció. No deliberó Pedro ni un solo instante, poniéndose en camino para Roma. Recibido el sacerdocio, se restituyó á la Pulla, con resolucion de hacer una vida correspondiente á la santidad del carácter con que le habia honrado Dios. Retiróse al monte Muron, y eligió para su domicilio una estrecha cueva, que parecia sepultura, en la que tenia su habitacion una monstruosa serpiente, que huyó luego que el Santo entró á tomar posesion de ella.

Cinco años pasó en este horrible desierto, viviendo mas como ángel que como hombre, hasta que vinieron á rozar aquella parte del monte, que rodeaba la cueva, para cultivarle; y con esta novedad le abandonó, pasándose al monte Magela, donde halló una vasta y profunda caverna, en que se acomodó él y otros dos solitarios, que se habian puesto debajo de su direccion, y no querian dejarle. Pero el enemigo de nuestra salvacion, previendo ó rezelando los grandes bienes que habia de producir aquella tierna congregacion bajo la disciplina de tan gran maestro, no perdonó á medio alguno para deshacerla, ó á lo menos para turbar su quietud.

Ni las injurias del tiempo, ni las incomodidades del sitio, ni la espantosa austeridad de la vida eran la mayor tentacion que padecian. No dejó el demonio invencion, estratagema ni artificio de que no se valiese para disgustarlos, tanto, que atemorizados los dos compañeros, ya titubeaban, si el santo director, haciéndoles visibles las ilusiones del enemigo, no les hubiera alcanzado la perseverancia.

Presto se aumentó su número; porque á pesar de los medios de que se valió Pedro para ocultarse, estendida por toda Italia la fama de su santidad, acudieron muchos á ponerse debajo de su direccion, aunque su humildad se resistia á gobernar ni á solo uno.

Este fué el principio de aquella célebre religion de los Celestinos, que ha mas de cuatrocientos años se hace tan respetable en el mundo por los grandes ejemplos que le da de penitencia, de soledad y de virtud, uniendo admirablemente, segun su instituto, el espíritu del retiro con el de la vida cenobitica. No tomó el nombre de religion de los Celestinos hasta que le escogió su glo-

rioso fundador, cuando le hicieron digno sucesor de S. Pedro. Luego que el Santo se rindió á tener discípulos, concurrieron tantos de todas partes, que fué preciso hacer celdas, fabricar convento, y levantar iglesia: en cuyo frontis se dejaba ver como de bulto la santidad y la modestia, pero mucho mas en los hijos de nuestro Pedro, moviendo tanto á todos los que acudian á verlos por una devota curiosidad, que hacian cada dia insignes conversiones.

A los principios no tuvieron otra regla que los ejemplos de su santo director, siendo para ellos un modelo trazado por la perfeccion del Evangelio. Empleaba el Santo en oracion casi todo el dia, y la mayor parte de la noche, acompañándola siempre con abundantes lágrimas, y cuando no oraba, se ocupaba en algun trabajo de manos. Prohibióse el uso del vino y de la carne aun cuando estaba enfermo; y como si no bastase esta abstinencia, observaba al año cuatro cuaresmas. Ayunaba las tres á pan y agua, y la cuarta escedia en la abstinencia á las otras tres. Tal vez llegó su penitencia á términos de escesiva; porque se condenó á pasar los cuarenta dias en una especie de sepultura, sin otra provision que diez panes y ocho cebollas; en cuyo tiempo, resuelto á no dejarse ver de persona alguna, cayó tanta agua y tanta nieve, siendo el frio tan riguroso, que endurecidos y helados sus vestidos, hubiera perdido la vida al rigor del temporal, si su abrasado amor de Dios no hubiera vencido las inclemencias del temporal. Al fin de la cuaresma, viniendo sus discípulos á verle en aquella cueva, ó sepultura, le encontraron medio muerto, y sacándole de alli, notaron que tenia aun cinco panes, y que al parecer no podia haber vivido tanto tiempo con tan corto alimento sin milagro. Obligáronle á que moderase algo sus inimitables penitencias; pero la moderacion fué casi imperceptible á los que eran testigos de ella. Traia á raiz de la carne un cilicio de cerdas, sembrado de nudos, y una cadena de hierro: su cama era la desnuda tierra, ó cuando mas unos sarmientos, sin otra almohada que una dura piedra. Pero en medio de tan asombrosas penitencias conservaba siempre un semblante alegre, sereno, risueño, con un trato tan dulce y tan apacible, que hechizaba á cuantos concurrían á hablarle.

Pero creciendo cada dia el número de sus discípulos, y teniendo noticia de que en el concilio general, que estaba para celebrarse en Leon, serian estinguidas todas las religiones que no estuviesen aprobadas por la Silla apostólica, fué con dos de sus discípulos á echarse á los pies de Gregorio X, para que aprobase la suya. Recibióle el papa con aquella veneracion que merece la

verdadera santidad: confirmó y aprobó con grandes elogios su religion, y la dió por regla la regla de S. Benito. Vuelto el Santo á Magela convocó sus religiosos, dióles constituciones, y desde entonces creció la orden con tan maravillosos progresos, que en poco tiempo se contaban mas de mil y seiscientos monges en treinta y seis monasterios.

A la fama de los milagros que obraba Dios por las oraciones de su siervo, y de la veneracion que toda Italia le profesaba, concurrían á él de todas partes, tanto, que siéndole imposible hablar y consolar á todos en particular, se veia precisado á subirse en algun lugar eminente, para que tuviesen el consuelo de verle y de oírle todos los que lo deseaban; pero haciéndosele insufrible esta concurrencia de gentes, por su grande amor á la soledad y al retiro, comenzó á mirar con tedio el monasterio del monte Magela. Resuelto á dejarle, escogió un corto número de monges, y secretamente se retiró con ellos á un sitio muy solitario, llamado S. Bartolomé de Loja; pero descubierto en él á poco tiempo; aun fué mayor el concurso de los que le buscaban; lo que le obligó á escaparse con un solo religioso, huyendo á esconderse en una gruta casi inaccesible, que estaba en lo mas alto del monte, ó de la montaña de Magela; empeño inútil, porque cuanto mas se esforzaba el humilde siervo de Dios en ocultarse á la vista de los hombres, mas se empeñaba el mismo Dios en manifestarle. No fué para él mas solo este desierto que lo habian sido los otros; porque estendido el rumor de su nueva habitacion, aun fué mayor el concurso que lo habia sido en las antecedentes; y convencido en fin á que el Señor no le queria en el desierto, se restituyó á su antigua y primera celda del monte Muron.

Habia catorce meses que estaba vacante la silla de S. Pedro por muerte de Nicolao IV, y se pasaron todavía otros trece sin que los cardenales, congregados en Perusa, pudiesen convenirse en la eleccion de sucesor, cuando cansados en fin de una dilacion tan perjudicial y tan sensible á todo el orbe cristiano, el cardenal de Ostia, Latino Malabranca, movido sin duda de cierta secreta inspiracion, propuso en el conclave al solitario Pedro de Muron, como al hombre mas santo que se conocía entonces en el mundo. Aplaudió todo el sacro colegio un pensamiento tan digno, y la Iglesia celebró con el mayor regocijo una eleccion tan legitima como desinteresada; pero restaba por vencer la mayor dificultad, que era rendir la humildad del Santo á que diese su consentimiento. Enviáronle la acta de su eleccion por el arzobispo de Leon, y por los obispos de Orvieto y del Puertó, con dos no-

tarios apostólicos, y una carta muy reverente, pero muy enérgica, en que le suplicaban no se opusiese á la voluntad de Dios, resistiendo á su eleccion, y concluia pidiéndole que se dignase pasar cuanto antes á Perusa.

Faltó poco para que le costase la vida esta noticia; y sin dar oídos ni á las razones de los diputados, ni á las apretadas instancias de los reyes de Sicilia y de Hungría, que espresamente habian ido á buscarle para persuadirle á que aceptase, se huyó secretamente; pero como era observado de tantos, presto le encontraron. Obligado en fin á ceder á tantas súplicas, partió para Aquila, donde quiso ser consagrado, haciendo el viaje en un humilde jumento, sin que le pudiesen persuadir otra cosa las instancias de los príncipes ni de los cardenales. Fué su consagracion y su coronacion en la ciudad de Aquila el dia 29 de agosto del año 1294; y tomó el nombre de Celestino V, el que tomó tambien su religion que hasta allí se habia llamado la congregacion de S. Damian.

No hizo mudanza con la nueva suprema dignidad, ni en la austeridad de la vida, ni en las máximas de su profunda humildad. Mandó fabricar en su palacio pontificio una celdilla de madera muy parecida á la que tenia en la ermita. Era para el santo pontífice una verdadera cruz el tumulto de la corte, la multitud y el estrépito de los negocios; pero nada alteraba aquella paz y tranquilidad interior que gozaba su alma; siendo cada dia mas íntima su union con Dios, y dejándose admirar su virtud aun mas desde la elevacion de la silla de S. Pedro, que desde el monasterio de Muron.

Después de su consagracion, á instancias y repetidas súplicas del rey de Sicilia, pasó á Nápoles, donde proveyó varios empleos para la administracion de las rentas de la Sede apostólica, y para el gobierno de la corte de Roma. Nombró escelentes sujetos para muchos obispados vacantes, é hizo una promocion de doce cardenales en hombres de méritos muy sobresalientes, siete franceses, y cinco italianos, entre los cuales habia dos de su orden, cuya virtud tenia bien esperimentada. Daban todos mil gracias á Dios por haber enviado á su Iglesia tan santo pastor, al mismo tiempo que su natural amor al retiro no le permitia suspirar por otra cosa que por la soledad.

Puesta de acuerdo con su humildad con su natural inclinacion, le persuadieron que no podia menos de padecer mucho detrimento la Iglesia por su falta de esperiencia en los negocios, y por su notoria insuficiencia. Pareciale que no tenia fuerzas para tan pesada carga, y ansiando siempre por su amado retiro, re-

solvió desviarla de sus hombros. No halló mucha resistencia en los cardenales, aunque algunos le quisieron meter en escrupulo por la voluntaria abdicacion que meditaba; pero otros muchos le sosegaban, poniéndose de parte de su resolucion. Espidió una bula en que declaraba, que cualquiera pontífice podia renunciar por sí mismo la tiara; y á pesar de las instancias de muchos cardenales, así franceses, como italianos, que solo atendian á la eminente santidad de tan gran pontífice, resolvió hacer dimision del sumo pontificado. Luego que se estendió la voz por la corte de Nápoles, concurrió á palacio una numerosa procesion de prelados, de todo el clero y de las religiones; y habiéndose dejado ver el papa en una ventana para darla la bendicion, un prelado le suplicó en alta voz, en nombre de todo el clero y de todo el pueblo, que no pensase su Santidad en dejar un cargo que ocupaba y llenaba tan dignamente; pero nada de esto bastó para aquietar sus escrupulos, y así renunció solemnemente el sumo pontificado en pleno consistorio el dia 13 de diciembre, cinco meses y ocho dias después de su exaltacion. El mismo dia dejó todas las insignias, y con su hábito de monje, y el nombre propio de Pedro, se echó á los pies de los cardenales, suplicándoles que remediasen cuanto antes sus desaciertos, por la pronta eleccion de un sucesor que ocupase dignamente la cátedra de S. Pedro. Este espectáculo tan raro enterneció á los asistentes, sacándoles las lágrimas á los ojos; y Pedro Celestino descendió del trono apostólico con mayor gozo que otros suben á él, sin pensar mas que en retirarse á su monasterio.

Pero el cardenal Benito Gaetano, que once dias después fué nombrado papa en el mismo Nápoles, y coronado en Roma el dia 16 de enero siguiente, con nombre de Bonifacio VIII, juzgó que debia asegurarse de la persona de su predecesor, y le negó la licencia, que con las rodillas en tierra le pedia para retirarse al desierto, y pasar el resto de sus dias en el rincón de su celda. Creyendo el Santo que esta repulsa no tenia otro principio que el deseo de tenerle en la corte, se huyó secretamente á su monasterio, donde fué recibido con todas las demostraciones de alegría y de veneracion que eran tan debidas á su virtud y á su persona. Entró el papa en aprehension por esta fuga, y temiendo que algunos abusasen de su santa sencillez para escitar algun cisma, despachó inmediatamente á un camarero suyo, con el abad de monte Casino, para que le trajesen á Roma. Tuvo el Santo noticia anticipada de esto; y tomando consigo á uno de sus monges, se escondió con él en un espeso bosque, donde pasó toda la cuaresma. Noticioso de que habian llegado al mo-

nasterio los que venian á buscarle de órden del papa, se metió en una barca para pasar el mar Adriático; pero obligado por los vientos contrarios á ancorar en el puerto de Trieste, fué arrestado y conducido á Agnani, donde se hallaba á la sazón la corte pontificia. Fué célebre este viaje por la multitud de los que concurrieron de todas partes para ver al Santo, y por los muchos milagros que hizo en el camino. Atribuyendo el papa la fuga de S. Pedro á motivos muy distintos, tuvo por conveniente encerrarle en el castillo de Fumona. No se alteró la tranquilidad de nuestro Santo viéndose en estado tan diferente; antes solia decir con no menor paz que gracia: *No tengo de que quejarme; celda queria, y celda tengo.*

No fué larga la estancia en esta nueva especie de soledad; su avanzada edad, el rigor de sus escesivas penitencias, que jamás mitigó, y la debilidad de su salud le advertian ya que no estaba distante el fin de su carrera. Y acabando de decir misa con un fervor extraordinario el dia de Pentecostés del año de 1296, dijo á dos monges de su órden, que le hacian compañía, que ciertamente moriria dentro de la octava. Cayó malo el dia siguiente, y pidió la Estremauncion, que recibió tendido en una tarima, no habiendo querido usar jamás de otra cama, y murió con la muerte de los santos el dia 19 de mayo, pronunciando aquellas palabras del último salmo de las laudes: *Omnis spiritus laudet Dominum*: Alabe al Señor todo lo que tiene vida. Murió de casi de setenta y cinco años, á los diez y siete meses despues de haber renunciado la tiara, y á los diez de su prision en el castillo de Fumona.

Mandó el papa Bonifacio que se celebrasen sus exequias con la mayor solemnidad, así en la iglesia de S. Pedro, como en la de S. Antonio, cerca de Ferentino, donde fué enterrado. Y continuando Dios en manifestar la santidad de su siervo con nuevos milagros, de órden de Clemente V se trabajó en el proceso de su canonizacion el año de 1305, y en el mismo se celebró esta el dia 5 de mayo con extraordinario aparato; pues no contentándose el papa con officiar pontificalmente la misa, él mismo hizo un gran panegirico del Santo, y fijó su fiesta el dia 19 de mayo. Venéranse sus reliquias en la iglesia de los Celestinos de la ciudad de Aquila, aunque hay tambien una porcion de ellas en los Celestinos de París y otras menores en diferentes iglesias.

SAN IVO, Ó IVON, PRESBITERO Y ABOGADO.

SAN IVO, descendiente de una familia noble y virtuosa cerca de Treguier en Bretaña, nació en el año de 1253. Su padre se llamó Aheloro, y su madre Azona. Estudió la gramática latina en su casa con una aplicacion y aprovechamiento nada comunes, y á los catorce años de su edad fué enviado á París, donde aprendió las artes liberales y la teología, habiéndose aplicado despues al estudio del derecho civil y canónico en Orleans. Su madre no cesaba de decirle que era necesario vivir de modo que llegase á ser santo, á que siempre respondia Ivo, que así lo esperaba él de la gracia de Dios. Esta resolucion echó profundas raíces en su corazon, y la impresion que en su alma habian hecho sus respectivas obligaciones era un continuo estímulo para la virtud, y una luz que le guiaba, y desvanecia las sombras de los escollos de su carrera. El ejemplo contagioso de algunos condiscípulos licenciosos, solo servia de inspirar en él mayor horror al mal y hacer que se armase con mas valor contra aquel enemigo. La rectitud de su conducta redujo á muchos de sus viciosos pasos. Tenia todo su tiempo repartido entre el estudio y la oracion, y su recreo era visitar los hospitales, donde acompañaba con gran caridad á los enfermos, y les consolaba en la penosa situacion de sus dolencias. En los diez años que estuvo en París, donde habia sido enviado á los catorce de su edad, y en donde pasó los cursos teológicos y canónicos, fué siempre la admiracion de aquella universidad, tanto por lo apreciable de sus prendas, como por su piedad extraordinaria. El mismo modo de vida continuó en Orleans, donde estudió las decretales en la cátedra del célebre Guillermo de Blaye, obispo de Angulema, y las instituciones con Pedro de la Chapelle, despues obispo de Tolosa y cardenal; pero cada dia aumentaba sus austeridades y penitencias. Castigaba su cuerpo con cilicios, absteniéndose siempre de la carne y del vino; ayunaba la cuaresma entera y el adviento, y otros muchos dias en el discurso del año á pan y agua; tomaba un corto descanso recostado en una estera, con un libro ó una piedra por cabecera, y no se reclinaba jamás hasta sentirse vencido enteramente del sueño.

Hizo á Dios un voto privado de perpetua castidad; pero como esto no se sabia, fueron muchos los ventajosos matrimonios que se le propusieron, y que desechó con el pretexto de ser un estado incompatible con las tareas de sus estudios. Estuvo mucho tiempo dudoso entre sí, sobre si abrazaria la vida religiosa, ó el